

# Semblanza de Luis Monteagudo García.

## *In memoriam*

FERNANDO ALONSO ROMERO\*



El autor ayudando a subir a Luis Monteagudo la dura pendiente de los montes de Carnota, plagados de petroglifos (27-11-2001). Foto: Alfredo Erias.

Conocí al arqueólogo Luis Monteagudo García en el mes de noviembre del ya lejano año en el que se murió el general Franco. En aquellos tiempos la vida en Santiago de Compostela se desarrollaba todavía entre toques de campanas y sonidos de trompetas. Pero en el mundo de Monteagudo no se escuchaba esa música, sino la del siglo XVIII, sobre todo la de Bach, que solía tocar de oído en el piano de su piso de Santiago, en el que se había instalado tras su jubilación como director del Museo de Ávila y finalmente del Museo Arqueológico de A Coruña. Desde entonces vivía retirado en un humilde piso de la santiaguesa plazuela de Belvis, a la sombra de un convento medieval. Sus pequeñas habitaciones: frías en invierno y bochornosas en verano, siempre olían a

---

\* Fernando Alonso Romero es catedrático *ad honorem* de la Facultade de Filoloxía de la Universidade de Santiago de Compostela. fernando.alonso@usc.es



En busca de petroglifos en los montes de Carnota (27-11-2001). De izquierda a derecha: Fernando Alonso Romero, Antonio Raúl de Toro, Alfredo Erias Martínez y Luis Monteagudo García.

humedad y a los restos de la comida que a veces no consumía, porque sumido en sus investigaciones, se pasaba el día entero sin otra alimentación que unas gachas de maíz, en las que a veces empapaba grandes rebanadas de un pan santiagués: sabrosísimo y muy nutritivo porque en aquellos tiempos el pan era verdaderamente pan de trigo, de centeno o de maíz, pero sin aditivos de ningún tipo. Tan absorto en el estudio pasaba su tiempo Monteagudo, que no veía las telas de araña que pendían del techo, ni el polvo que a ellas se pegaba. Y si por casualidad las descubría, las solía considerar una verdadera obra de arte, digna de ser conservada. Y así en esa austeridad casi mística encontraba Monteagudo la fuerza necesaria para pasar el día trabajando intensamente en sus investigaciones.

Para salir de casa, Monteagudo se ponía su chaqueta de color gris encogida por el paso del tiempo, con zurcidos en las mangas y alguna que otra mancha desperdigada entre su urdimbre; con la que adquiría un aspecto de hidalgo intelectual venido a menos. Y a modo de yelmo campesino, se cubría su ilustre calva prematura con una gorra negra, raída por los vientos y el sol de años en excavaciones y andanzas de explorador por media Europa, cuando el Bóreas germánico y también el Euro del mundo clásico aún enmarañaban los restos de una cabellera pelirroja que sobresalía por el contorno de su gorra. En los últimos años de su vida caminaba ayudándose con un bastón o, mejor dicho, un palo de eucalipto que había cogido en un castro durante una de las muchas excursiones que habíamos hecho juntos. Todos los que solíamos acompañarlo aprendimos mucho con sus



Luis Monteagudo en su casa de Belvís con las torres de la catedral al fondo.  
Foto: Alfredo Erias (11-04-2004).

sabios comentarios sobre diversos aspectos de la vida cotidiana. Sus criterios sensatos, aunque difíciles de aplicar en la época que nos había tocado vivir, estaban salpicados de múltiples y extravagantes anécdotas, que había vivido personalmente en un mundo



imposible de compaginar con su estilo de vida: una vida de humanista y amante de la ciencia. No podíamos entender su actitud ante el valor del dinero, pues aquejado de una tacañería enfermiza, se contradecía con los desbordantes actos de generosidad que de vez en cuando realizaba con alguna ONG, cocina económica, alumnos, etc. Y es que la personalidad de Monteagudo tenía muchas facetas: buen conversador, ameno e ingenioso; lleno de infinitos recuerdos de su protagonismo en una vida inmersa siempre en el mundo de la ciencia. Una vida excéntrica y a veces tan extravagante que levantaba sonrisas y asombros inauditos a los ojos de los desconocidos, que no admitían su aspecto de pobre, a veces casi de harapiento, pues cuando llegaba el invierno se tapaba las manos enrojecidas con unos guantes de lana, llenos de remiendos, por entre los que sobresalían unos largos dedos; apenas cubiertos con tiras de trapos, que a modo de vendas sustituían a la desaparecida lana. Si nos hubiéramos dejado influir por su aspecto desaliñado, nadie diría que Monteagudo era una persona con un gran sentido crítico, muy amante de la música clásica y dotado de unos conocimientos tan profundos que era capaz de diseccionar un topónimo hasta penetrar en sus orígenes remotos, que con sorprendente frecuencia solía encontrar en el mundo etrusco, o incluso más atrás; orígenes que a veces llegaban a rozar los tiempos en los que los europeos empezaban a hablar. Y cuando el topónimo se resistía a revelar sus orígenes, entonces se levantaba de su asiento y se ponía a tocar el piano; siempre de oído pues su memoria le permitía reproducir una y otra vez diferentes melodías barrocas, algunas compuestas por él. En ellas encontraba la inspiración necesaria para seguir investigando. Y así, día tras día, y en alguna ocasión la noche entera, fue pasando sus últimos años de investigador en su austera vivienda de Belvís; apartado del ambiente ciudadano, de los bullicios futboleros, de los nacionalismos trasnochados y de las censuras de sacristía; como un eremita celta soñando con alcanzar la isla de la omnisciencia.

Vivió siempre sin derroches económicos, ni presunción de ningún tipo pues a pesar de ser un sabio humanista, jamás alardeó de nada; como no fuera el declararse seguidor de la filosofía que se resume en el dicho tradicional griego: *Μηδὲν ἄγαν* (nada en demasía).

Nos queda en la memoria el recuerdo de una personalidad entrañable y de un entretenido conversador, que nos aclaró muchas dudas y también nos sorprendió a veces con extravagantes respuestas. El profesor Monteagudo: excelso investigador del mundo de la arqueología, la toponimia, la etnografía... Mediavalista también, que lo fue y muy bueno con su trabajo sobre el arte visigodo. Todas sus investigaciones las realizó en un ambiente académico en el que no todos supieron apreciar su indiscutible valía, porque centraron su valoración en su personalidad externa; en su extravagante figura de humilde aspecto: a medio camino entre un Diógenes anacrónico y un superviviente de la dura postguerra. Sin embargo, era miembro de varias instituciones académicas españolas y alemanas; y como legado de su vida de investigador deja numerosas publicaciones sobre diversos temas de la Prehistoria de Galicia. Finalmente, y gracias a su austerísima forma de vivir, pudo crear al final de su vida la Fundación Monteagudo que servirá para ayudar a futuros investigadores y a publicar sus trabajos, pues si su lema de vida fue siempre «nada en demasía» su legado para las futuras generaciones es un tesoro.